


The background features a stylized illustration of a woman's profile in white, facing left. She is surrounded by various tropical plants and leaves in shades of teal, brown, and white. The overall style is graphic and artistic.

**XIV Certamen
de Relatos Breves
Mujeres
2019**



Santa Cruz de Tenerife
AYUNTAMIENTO

The background features a large, light-colored silhouette of a woman's head in profile, facing left. The silhouette is set against a dark grey background with intricate white line art of leaves and flowers. The text is centered within the silhouette.

**XIV Certamen
de Relatos Breves
Mujeres
2019**

Edición

Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife

©de esta edición 2019

Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife

©de los textos

Las autoras

Diseño de portada

Sabrina Balbuena

Maquetación

Litografía Gráficas Sabater, S.L.

Impresión

Litografía Gráficas Sabater, S.L.

Depósito Legal

TF 89-2020

XIV Certamen
de Relatos Breves
Mujeres
2019

Katia Fach Gómez

Cristina García Pimentel

Ainhoa Ollero Naval

Santa Cruz de Tenerife 2019

Índice

09

PRESENTACIÓN

Patricia Hernández Gutiérrez

13

PRÓLOGO

Sergio García Clemente

18

VIAJE DE TRABAJO

Katia Fach Gómez

30

SERENDIPIA

Cristina García Pimentel

38

LOS TRES JUNTOS, PARA SIEMPRE

Ainhoa Ollero Naval

46

JURADO



Presentación

Como primera mujer alcaldesa que tiene la actual capital de Canarias, Santa Cruz de Tenerife, saludo con especial afecto e ilusión esta publicación de relatos.

Sus autoras son las galardonadas en el “XIV Certamen de Relatos Breves Mujeres 2019”, concurso al que se presentaron en esta edición cerca de 200 obras. El mayor valor de estos escritos es que reflejan nuestros miedos, incertidumbres, retos, luchas personales, familiares y profesionales; en definitiva, la vida de las mujeres, que las autoras premiadas sacan de la oscuridad, toman en sus manos y le dan alas para que vuele en la búsqueda de una sociedad auténticamente igualitaria.

El libro que tienen en sus manos contiene los testimonios íntimos y profundos de tres mujeres. Sus denominadores comunes son la violencia que se ejerce sobre la mujer por el mero hecho de ser mujer y la soledad que envuelve a las protagonistas, abandonadas a su suerte con unos problemas que no son los mismos que padecen los hombres en su día a día.

Estos relatos, desnudos y veraces, hablan de diferentes tipos de mujer que se enfrentan a la realidad que al final emerge siempre igual para todas, con el abuso y la culpa victimizándonos doblemente.

Mi más sincera enhorabuena a las valientes autoras de estos impactantes y desgarradores trabajos, que son imposibles de leer sin sobrecogerse y estremecerse ante el devenir de la historia de sus protagonistas, mujeres “normales”, de carne y hueso, atrapadas por la violencia de género en cualquiera de sus múltiples manifestaciones.

La más importante contribución de estos escritos es que ponen el dedo en la llaga para que nos resulte imposible seguir mirando para otro lado. El conjunto de la ciudadanía, con el respaldo de las instituciones públicas, tenemos que construir,

con verdadera voluntad de cambio, un mundo mucho mejor para todos y todas. Nos pertenece. Nos está esperando.

El camino es difícil, pero ya nadie nos va a parar. El techo de cristal, que en este caso es de hormigón, hay que agrietarlo a martillazos si es necesario para colarnos por sus rendijas, porque la desigualdad lo impregna todo sin que falten talento, compromiso, formación, capacidad o ganas por parte de la otra mitad de la población, como podrán concluir de esta lectura con ojos de mujer.

Les deseamos que la disfruten y que recojan su testigo, para que, progresivamente, aparquemos las diferencias en pro de una sociedad más justa, libre y hermosa.

Gracias a Katia, Cristina y Ainoha por sumarse al objetivo de esta Corporación y reivindicar el espacio y la atención que la mujer precisa; poner el foco en lo que está ocurriendo y señalar la senda, que continuaremos recorriendo todos y todas de la mano.

Patricia Hernández Gutierrez
Alcaldesa de Santa Cruz de Tenerife



Prólogo

Hay aún quienes piensan que iniciativas como este Certamen de Relatos Breves Mujeres, del que he tenido el honor de ser miembro del jurado, son superfluas y están fuera de lugar. Afirman que la igualdad entre géneros no sólo está plenamente conseguida, sino que además creen que ha surgido una especie de supremacía femenina equiparable al machismo que desde hace tantos años se combate.

En este sentido, son innegables los inmensos avances que la lucha feminista ha logrado en las últimas décadas. Quizás sean estas conquistas un factor que influya en quienes sostienen que la brecha de género no existe, que es un hecho superado. Hablando desde un punto de vista estrictamente literario, es posible que afirmen la consecución de las condiciones que en su día señalaba Virginia Woolf como necesarias para una creación literaria femenina libre e igualitaria: “En el futuro las mujeres escribirán menos pero mejores novelas, y no solo novelas, sino también poesía, crítica e historia. (...) La mujer tendrá aquello que le ha sido negado durante tanto tiempo: tiempo libre, dinero y una habitación propia”, decía la autora inglesa. Sin embargo, a mi juicio, la equivocación de este razonamiento es palmaria: los retos no se han conseguido, tan solo han cambiado parcialmente de rostro.

Es por ello que este XIV Certamen de Relatos Breves Mujeres atesora una rabiosa vigencia. En esta edición el jurado ha querido otorgar una mayor relevancia, junto a la necesaria calidad literaria, a aquellos relatos cuyo argumento se refería a problemáticas femeninas que se alejaban un poco de las tradicionales (acceso de la mujer al mercado laboral, dependencia marital o trabajo doméstico, por citar algunos ejemplos de estas). Si bien las desigualdades en este punto no han sido plenamente superadas, sobre todo si tenemos en cuenta geografías distantes a nuestro mundo occidental, no es menos cierto que hay desafíos que no son nuevos en su esencia, pero sí en su

visibilidad. Una parte de estos conflictos están reflejados en los mejores relatos presentados a este certamen. Así, en el texto ganador, *Viaje de trabajo* de Katia Fach Gómez, se aúna la necesaria concisión del género con un detallismo preciso para narrar con maestría una agresión sexual en el ámbito laboral, poniendo de manifiesto las tensiones, sufrimientos y dicotomías a las que lleva esta situación a las mujeres que la padecen. Una variante de este tipo de agresión, el acoso sexual, es protagonista del relato galardonado con el Primer Accésit de Publicación. En *Serendipia*, de la autora Cristina García Pimentel, se revela una voz poderosa que nos conduce con ritmo galopante a un furioso recorrido nocturno, en una narración en la que destaca su excelente construcción. Por su parte, *Los tres juntos, para siempre* de Ainhoa Ollero Naval, pone su acento en una cuestión de mucha actualidad pero que, sin embargo, no está teniendo demasiada presencia en la literatura: la maternidad subrogada. Temas igualmente poco comunes en la narrativa contemporánea, como la menopausia o la reproducción asistida, fueron objeto de otros relatos participantes en el certamen, lo que acaso revele un cierto cambio de tendencia en los intereses de las escritoras actuales.

Es por ello que, como ya apunté, la vigencia de los conflictos descritos y la oportunidad de darles visibilidad justifica de manera sobrada la existencia de este Certamen de Relatos Breves Mujeres. Pero quizás me esté alejando de lo más importante: esta iniciativa del Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife y de su Concejalía de Igualdad permite, ante todo, y en la medida de sus posibilidades, evidenciar el talento literario de las mujeres escritoras frente a las dificultades que, de continuo, encuentran para ello. En general, las condiciones de vida de nuestras sociedades occidentales, caracterizadas por el interés económico, la precariedad y la competitividad, conducen a que la creación literaria constituya, y no creo exagerar, un acto he-

roico. Y ello, insisto, con mayor intensidad para las mujeres: a un mundillo literario en el que sobreviven aún demasiadas vetas de machismo se unen sus históricas responsabilidades en materia doméstica y familiar y los retos de una actividad laboral cada vez más exigente. Volviendo a las palabras de Virginia Woolf que cité con anterioridad, las escritoras se enfrentan a un escenario de poco dinero, escaso tiempo y reducidos espacios públicos para mostrar los resultados de su vocación. Es por ello que desde el jurado de este certamen aprovechamos para mostrar nuestro más sincero reconocimiento no solo a las autoras galardonadas, sino también a todas las participantes.

Sergio García Clemente.

Escritor y vocal del Jurado

The book cover features a central, light-colored silhouette of a woman's head and shoulders in profile, facing left. The background is a dark, textured grey. Overlaid on this background are white line-art illustrations of various leaves and branches, some resembling ferns or tropical foliage, scattered around the silhouette. The overall aesthetic is minimalist and artistic.

Primer Premio

VIAJE DE TRABAJO

Katia Fach Gómez

KATIA
FACH GÓMEZ

Profesora de Derecho en la Universidad de Zaragoza. Es autora de múltiples trabajos científicos publicados en español, inglés y alemán y coautora de varias traducciones del alemán al español. Por motivos profesionales ha residido en Estados Unidos, Bélgica y Alemania; realizando asimismo estancias académicas breves en países como Suiza, Perú, Colombia, Guatemala y Brasil. Desde el año 2019, colabora habitualmente con la sección de opinión del periódico *Heraldo de Aragón*.

Burrito en mano. Eso ponía en letras rojas en la bolsa de plástico semitransparente. Efectivamente, no podía ser más literal, porque ahí estaba yo sujetando en la mano derecha una bolsa que contenía un burro de carne de res deshebrada. Me faltaban menos de cinco cuadras para llegar al hotel y mi impaciencia empezaba a aflorar. Contuve el aliento cuando un *skater* derrapó a escasos metros de mí. Esquivé cabizbaja la curiosidad de un matrimonio de la zona rosa, que no esperaba encontrarse a una extranjera pasando apresuradamente junto al portal de acceso a su apartamento. Miré con severidad a la adolescente rubia que casi me atropella con su patinete recién alquilado.

Nada más cerrar la puerta de la habitación 306, lancé alborotadamente mi mochila, la sudadera y las gafas de sol sobre la cama. Tras apoyar con mimo la tibia bolsa sobre la tapa del inodoro, adopté el rictus de un cirujano que se enfrenta a una jornada interminable en el quirófano. Dejé que el agua corriese mientras untaba abundantemente mis manos con la pastilla de jabón. Para poder iniciar mi ritual secreto, era necesario alcanzar previamente la asepsia.

Me senté en la silla junto al escritorio de mármol y empujé hasta la esquina superior izquierda de la mesa la máquina de café, las bolsas de infusiones y las tazas de loza blanca. El plato sobre el que estas se apoyaban me sirvió a su vez de apoyadero del burrito de carne que la moza del restaurante había desmembrado en dos trozos perfectamente simétricos. Cuidadosamente colocados en el centro del escritorio de mi habitación, los pedazos de burro parecían ahora dos gruesos cables pelados, de los que brotaba un popurrí de colores y texturas.

Comencé a masticar una de las porciones de forma obsesivamente pausada. No me permitía dar un nuevo bocado hasta que no constataba que había vuelto a fracasar en el reto

de individualizar cada uno de los sabores de mi manjar. Me frustraba y a la vez me excitaba reconocer que era incapaz de saber si el regusto picante que cosquilleaba en mi boca lo había causado el pico de gallo o el guacamole.

“No se olvide de ponerme un poquito de frijol negro cocido”, le había dicho tímidamente a la muchacha del restorán. Ahora disfrutaba de mi atrevimiento y clavaba los dientes en los granos de mazorca dulce levemente tostados, haciéndolos explotar junto a mi paladar. De vez en cuando, el silencio de mi ceremonia secreta era interrumpido por los crujidos cantarines del papel de aluminio, que caía rítmicamente sobre el platillo mientras yo continuaba desnudando a mi víctima. Paladeaba las hebras de carne, la lechuga crespa jugueteaba con mi lengua, ansiaba las explosiones de cilantro picado y en mi garganta vibraban los filamentos de queso.

La luz de la habitación se fue tornando parduzca conforme yo me despedía del último pedazo de burrito. Protegida únicamente por una tortilla de trigo humedecida, mi delicia se desvanecía sobre la pieza de vajilla como una flor ya marchita. Luchando contra lo inevitable, pegué mis labios caníbales contra la superficie del plato y aspiré ayudándome con la lengua para rescatar unos pequeños pedazos de tomate. Pasé también la lengua por el filo del cuchillo, descendiendo lentamente en busca de granos de arroz adheridos a su superficie metálica. Hacía por lo menos siete meses que no era tan feliz.

Era la primera vez que en mi jefe me permitía viajar sola con el fin de visitar a un cliente extranjero. La diferencia horaria me había obligado a realizar el viaje transoceánico un día antes de la fecha marcada para la reunión inicial de trabajo. Disponía por tanto de unas horas libres, en las que podía volver a sentirme un ser humano, con el regocijo añadido de saber que le estaba escamoteando a mi empresa unas horas

teóricamente productivas. Era maravilloso ser libre en una ciudad desconocida, percibir el trajín de la metrópoli fluyendo a cámara lenta ante mis ojos, gozar en la más absoluta de las soledades de un humilde burrito de res.

Esa sensación de plenitud era bien distinta a la fragilidad que me generaba recordar algunos retazos de mi anterior viaje de trabajo. Sentada en el borde de la cama, con la bolsa vacía del burrito tirada en el suelo, mi memoria y mi pulso comenzaron a acelerarse al recordar aquel taxi amarillo que en su día nos llevó desde el aeropuerto a un hotel del centro de otra lejana ciudad. Era noche cerrada y a través de las ventanillas del coche solo se veían pequeñas luces que aparecían y se ocultaban a gran velocidad, como confetis lanzados contra las lunas del vehículo. En el asiento trasero, mi jefe y yo repasábamos todos los datos del dossier que nos había obligado a interrumpir las vacaciones de agosto y a empacar con extrema urgencia nuestras maletas.

Yo era una jovenzuela recién llegada a la empresa, por lo cual mi presencia en ese taxi únicamente podía explicarse de una forma: ningún otro miembro del equipo estaba disponible (o, lo que era lo mismo, todos habían sido más hábiles que yo a la hora de esbozar una excusa absolutoria durante sus días de asueto). Aún así, yo fabulaba con que mi jefe ya había detectado mis altos niveles de capacidad de trabajo y compromiso, por lo que ese viaje de alguna forma podía interpretarse como el primer premio que la firma me otorgaba. En consonancia con ello, durante el vuelo había devorado incansablemente ese dossier que nos obligaba a cruzar el océano y en el taxi me regocijaba de poder responder certera y profesionalmente a todas las preguntas que él me planteaba. Su fin de semana familiar había sido complicado, me había confesado al encontrarnos en el mostrador de la compañía aérea, por lo que su constante somnolencia en el avión estaba bien justificada.

Cuando todas las aristas de nuestra compleja misión parecían que empezaban a estar bien cubiertas y el taxi continuaba traqueteando hacia su destino, su voz me preguntó: “¿Tú quieres tener hijos?” La cuestión resonó en la parte trasera del vehículo, quedándose encerrada como un pájaro desorientado dentro del cubículo de paredes de metacrilato que nos separaba del taxista. Yo respondí instintivamente: “Sí, claro”, con el mismo tono mecánico con el que le habría confirmado que ya había revisado las últimas cuentas anuales de nuestro cliente o cerrado una cita con la secretaria del director general. En ese momento, el fogonazo de las luces delanteras de otro coche iluminó sus ojos. Su expresión me recordó a la de un zorro acorralado en una cacería.

Los siguientes días transcurrieron bajo la aparente normalidad de las jornadas laborales de dieciséis horas. Ni el calor sofocante consiguió frenar el alud de reuniones, cafés, presentaciones, comidas, conferencias telefónicas, *emails* y cenas de trabajo. Mi jefe parecía haber congeniado bien con nuestro cliente. Con su traje, sus gemelos y sus coloridas corbatas se mimetizaba perfectamente con el equipo extranjero y poco a poco conseguía arrancar de ellos algunas ventajosas concesiones.

Mientras tanto, yo tomaba notas y observaba a mi alrededor. La empresa multinacional a la que nos habíamos desplazado parecía una cápsula espacial en la que todo estaba perfectamente programado. Profesionales bellos y distantes circulaban ordenadamente por sus correspondientes órbitas, evitando colisiones explícitas, pero ansiando que se produjese algún choque cósmico que les recolocase en un tablero de juego más favorable. Muy de cuando en cuando, el sonido del carrito de la limpieza o el suspiro furtivo de una empleada que arrastraba su esterilla hacia la clase de yoga me hacían preguntarme qué estaría sucediendo en el mundo exterior. Re-

gularmente llamaba a mis padres, quienes como siempre se mostraban muy orgullosos de la prometedora carrera profesional de su hija. En ocasiones, mi jefe también se ausentaba brevemente de alguna reunión, alegando que quería llamar a sus hijos antes de que estos se fuesen a dormir.

Una mañana estaba en mi habitación, terminando de arreglarme para bajar al desayuno bufet del hotel. Eran las seis y media y teníamos por delante otra jornada de trabajo maratoniana. Cuando ya había cogido el maletín con el portátil, comencé a oír un ruido creciente en distintos puntos del dormitorio. Era la lluvia, golpeando tozudamente los cristales de las ventanas. En pocos minutos el cielo se electrificó y un tremendo aguacero cayó sobre la ciudad. Con la mejilla pegada al vidrio, me entretuve viendo cómo las alcantarillas más cercanas escupían agua y las ruedas de los coches se hundían en piscinas urbanas recién fabricadas. Mientras pensaba que no íbamos a conseguir un taxi en medio de semejante caos, en mi móvil sonó un *WhatsApp*. El teléfono corporativo de mi jefe me espetó: “*Ven a ver la lluvia desde mi habitación*”.

El aparato se me cayó de las manos, rebotó en la moqueta del hotel y aterrizó debajo de la cama. Cuando estaba de rodillas buscándolo, vi mi cara desencajada en el espejo del armario. El temporal exterior no era nada comparado con mi zozobra. Revisé obsesivamente que el mensaje procedía de él, las sienes estuvieron a punto de estallarme mientras decidía si debía contestarle o no, y cada segundo de silencio sepulcral en la habitación se me incrustaba en los pulmones impidiéndome respirar. En pleno arrebató, levanté la colcha de la cama y me metí debajo, incapaz de controlar mi llanto histérico.

El recepcionista que me llamó al teléfono del cuarto me indicó que mi jefe estaba esperándome en la recepción. Bajé con la cara inflamada y los pantalones arrugados y me monté

en un coche de alquiler de cristales tintados. Mi jefe, sentado en el asiento del conductor, me pidió con cara imperturbable que le recordase la agenda de aquel día. Sus ojos, ampliados a través del espejo retrovisor, se clavaron en mí mientras esperaban una respuesta. Pese a ello, ni una sola referencia a su mensaje, ni un solo ademán que me permitiese descubrir algún tipo de oscura estrategia por su parte. Intenté convencerme de que todo había sido un malentendido. Tal vez tanto tiempo fuera de casa me estaba afectando. Tal vez yo era menos madura de lo que pensaba.

La calma volvió a instalarse en medio de la vorágine profesional. Vivíamos dentro de un interminable día de la marmota de previsible contenidos. Mi jefe y yo íbamos ejecutando las instrucciones que nos llegaban de nuestra empresa y de cara al cliente siempre proyectábamos responsabilidad y eficiencia. Nuestras reuniones internas eran asimismo ejemplares, al igual que lo era el tono comprensivo y casi paternal que él utilizaba conmigo en público. Hubo instantes en los que me sentí francamente agradecida por estar viviendo en primera persona semejante experiencia laboral.

Una noche llamé al servicio de habitaciones del hotel y pedí un sándwich y una cerveza. No tenía fuerzas ni para bajar a comprar comida rápida en alguna de las tiendas cercanas a nuestro alojamiento. Ya estaba duchada y vestida para irme a dormir, por lo que esa cena rápida frente a la televisión iba a ser la recompensa a un día agotador. Le firmé el recibo al camarero que me trajo el pedido y cuando estaba volcando la lata de cerveza en un vaso de cristal, volvieron a tocar con los nudillos en mi puerta.

Abrí sonriente con el vaso en la mano, pensando que al empleado del hotel se le había olvidado algo. Antes de que pudiese reaccionar, mi jefe dio un par de pasos firmes, cerró de

un portazo y pegó su cuerpo al mío. Noté en mi muslo el relieve de las monedas que llevaba en el bolsillo de su pantalón. La presión de su tripa me hundía los botones del camisón en el torso. Levanté instintivamente los brazos y fui incapaz de emitir cualquier tipo de sonido. El terror me había ganado. Era el mismo terror que me impedía llorar cuando era una niña y mi padre me chillaba.

Un empujón seco hizo que chocase de espaldas contra la puerta de madera del armario ropero. Aprisionada por la envergadura de su cuerpo, su respiración me ardía en el cuello. Un manotazo rabioso en la clavícula me desgarró de cuajo el tirante del camisón. Con los ojos muy abiertos, dejé caer el vaso de cerveza. Este se estampó contra el suelo y la espuma llenó de islas blancas el pantalón de su traje gris. Un par de esquirlas de cristal hicieron que mis pies descalzos comenzasen a sangrar.

A partir de ese momento, viví dos existencias simultáneas, a cuál más miserable. Por un lado, seguí esforzándome por ser la empleada perfecta. Ello a pesar de que las horas extras no remuneradas crecían sin descanso y que las labores que él me asignaba no casaban en absoluto con mi especialización universitaria. Necesitaba seguir cobrando ese sueldo y tampoco podía permitirme el lujo de que la empresa diese malas referencias de mí a futuros empleadores. Por otro lado, el miedo se fue me fue instalando en el alma. Hice la metamorfosis inversa de la mariposa y me convertí en una oruga temerosa. Me perseguían diversos fantasmas, que no cesaban de susurrarme al oído cánticos de culpabilidad. Cada vez que era inevitable encontrarme a solas con mi jefe, apretaba los dientes, pero no era capaz de controlar una angustiosa presión en el pecho.

A veces pensaba si no estaría enloqueciendo. Yo sufría, la ansiedad me consumía y nadie parecía darse cuenta de nada.

Pasaba gran parte de mi vida con mis compañeros de trabajo y ninguno de ellos se percataba de que estaba atrapada en una tela de araña viscosa. Después de aquel viaje fatídico, la cordialidad originaria de mi jefe se transformó en una mezcla de sofisticada crueldad y gélida indiferencia. Reuniones en las que no me daba la palabra, *emails* importantes que no me remitía, alabanzas que yo merecía pero que recalaban magnificadas en otros receptores. Temor, vacío y soledad.

Por ello, tras unos meses infernales, la noticia de que iba a realizar un viaje de trabajo yo sola me supo a gloria bendita. Semejante primicia olía a reto, a aventura, a esperanza. Me hizo evocar a la recién graduada universitaria que fui, aquella virgen que pensaba que un mundo laboral luminoso le estaba esperando y que este le permitiría alcanzar la felicidad plena.

No obstante, esa euforia inicial que se había mantenido inalterable en los primeros momentos de mi solitario periplo, comenzaba ahora a flaquear. En la habitación 306, donde todavía olía a burrito de carne de res desmechada, había caído la noche. Rememorar aquel viaje con mi jefe y todo lo que había traído consigo me había hecho sentir muy vulnerable. Me di cuenta de que, aunque en realidad mi carrera profesional apenas había comenzado, yo ya pensaba en mi trabajo y en mi propia existencia con profundo cinismo. Me había vuelto una descreída de mi propia persona.

Recogí del suelo la bolsa del burrito y me fui quitando la ropa conforme iba camino del baño. Allí forcé al máximo la manivela de agua caliente de la ducha y me acurruqué debajo del chorro humeante. Los cristales de la cabina se fueron empañando, los minutos rebotaban contra los azulejos y la piel empezaba a dolerme. Una voz en la cabeza me decía que tenía que incorporarme y salir, pero mi cuerpo era incapaz de erguirse. Con los dedos arrugados hice palanca en la esquina

inferior de la puerta de la ducha y salí gateando a cuatro patas. Me tumbé en postura fetal encima de un revoltijo de toallas y ropa y comencé a tiritar. Eran unos espasmos incontrolables, tan violentos que con un hombro me golpeé un lateral de la mandíbula y mis dientes rechinaron. Notaba la nuca extremadamente rígida y el estómago contraído. Mis pies golpeaban el aire y la piel flácida de mis muslos me abrasaba cada vez que estos se entrechocaban.

Con las rodillas roídas por la frotación contra la moqueta, llegué a un lateral de la cama y palpé hasta encontrar mi móvil. La única luz de la habitación era la que, atravesando la doble cortina de plástico, procedía del salón de una vivienda del bloque vecino. Mientras la pantalla del teléfono se iba cubriendo de las gotas que caían de mi madeja de pelo, yo fui como un autómata a la agenda y localicé el número de teléfono privado de mi jefe. Me dio igual que allí fuese domingo. Me dio igual que allí fuesen las cuatro de la mañana. Necesitaba respuestas.

Cuatro tonos después, Juan Pablo respondió al teléfono. Su voz al otro lado del Atlántico sonó pausada y bien afinada: *“Marta, estaba esperando tu llamada. La empresa también tiene que comunicarte algo”*.

The book cover features a central, light-colored silhouette of a woman's head and shoulders in profile, facing left. The background is a dark, textured grey. Overlaid on this background are white line-art illustrations of various leaves and branches, some resembling ferns or tropical foliage, scattered around the central figure. The title is printed in a large, dark, serif font within the silhouette.

Primer accésit de publicación

SERENDIPIA
Cristina García Pimentel

CRISTINA GARCÍA PIMENTEL

Nació en Madrid en 1983. Licenciada en Filología Hispánica por la Universidad Complutense de Madrid (2006) y postgraduada en Español como Segunda Lengua por la misma universidad (2007). Desde el 2008, ejerce como Profesora de Educación Secundaria y Bachillerato en Castilla-la Mancha. Además, ha formado parte del jurado del Certamen de Relato Breve de Seseña en calidad de presidenta a partir de su fundación en 2016.

Desde niña ha sentido una urgencia voraz por verbalizarlo todo. Escribir ha sido siempre para ella una forma de vida, «al fin y al cabo, las historias no son como suceden, sino como se cuentan». Aunque siempre ha cultivado su pasión por la escritura en diarios, cartas, poemas y relatos, no será hasta 2014, año en que es galardonada con el primer premio nacional de la VII edición del Concurso de Relato Patricia Sánchez Cuevas, que no se dedicará de forma profesional a la escritura. Ha publicado las antologías de relatos *Semillas* (2017), que recoge textos de su juventud, y *El laberinto de los espejos rotos* (2018), una colección de relatos más recientes. Actualmente se encuentra trabajando en una novela que verá la luz muy pronto.

Alejandra es taxista. Todos los días alguien me recuerda lo bien que conduzco para ser mujer. Todos los días se levanta a las siete en punto de la tarde porque tiene turno nocturno. Todos los días alguien me pregunta si no me da miedo trabajar de noche. Se enciende un cigarro y se prepara una taza de café bien caliente y una tostada con mantequilla y mermelada. Eso no se lo preguntarían a un hombre. Después, se ducha y se viste para empezar su jornada.

Alejandra no se maquilla, aunque cada día, frente al espejo, piensa que si lo hiciera tendría mejor aspecto. Si fuera un tío ni siquiera tendría que mirarme en el espejo. Si fuera un tío no tendría que preocuparme por mi apariencia.

Introduce una muda en una bolsa de deporte y algo de ropa limpia y se la echa al hombro. Así, abandona su casa con el pelo revuelto, unos vaqueros desgastados y una sudadera con capucha.

Una vez en el garaje, abre el vehículo con el mando a unos metros de distancia. Se sienta en el asiento delantero, da la vuelta al cartel de “libre” y arranca el motor. ¿Que si no me da miedo ir sola por la noche? ¿Acaso esa pregunta se la hacen a todos los taxistas o me la hacen solo a mí porque soy mujer? ¿Que si no me preocupa que me pasen cosas? ¿Qué cosas? A Martina ya le dieron un susto unos yonquis, pero eso le puede pasar a cualquiera. A Javier también le atracaron hace un par de meses.

Su madre pasa las noches en vela. No se queda tranquila hasta que Alejandra no la llama para decir que ya ha llegado y eso que ya tiene más de treinta y nadie debería preocuparse por ella. Pero las cosas pasan. Las cosas pasan y, si no, ya nos las cuentan en el telediario. Las cosas pasan. Pero no por eso voy a quedarme encerrada en casa. Las cosas pasan. Me gustaría no tener que discutir con mi padre por lo que me conviene y lo que no.

Al padre de Alejandra no le gusta que haga el turno de noche. A ella, tampoco. Detesto tener que limpiar el taxi de vómitos y nauseabundas manchas de origen inexplicable. Pero es lo que hay. Sin embargo, si Alejandra fuera hombre sus padres se preocuparían mucho menos. Este problema no lo tendrían con mi hermano. Un hombre no es una víctima en potencia de las amenazas nocturnas. Los hombres son más fuertes. No todos los hombres son fuertes. Los hombres imponen más respeto. No todos los hombres imponen respeto. Yo tengo un buen par de ovarios.

Alejandra conduce el vehículo hasta las afueras de la ciudad. Que no se me olvide apagar la luz verde. Esta noche no admite viajeros. Toma una salida por un camino de tierra desnivelado con gravilla y grandes grietas. El coche se tambalea por los baches. Me duelen las tetas cuando botan tanto. Es como si tiraran de ellas. Se adentra en un bosque tupido. Cómo me aprieta el sujetador. Llega a un claro. Por fin puedo bajar a estirar las piernas. La noche es la aliada de los cazadores furtivos. No tengo miedo. ¿Debería tenerlo?

Abre el maletero del taxi y saca una pala. Comienza a cavar un hoyo a escasos metros del vehículo. La tierra está demasiado dura en esta zona del bosque. Desiste enseguida. Lanza la pala en el maletero y lo cierra de un portazo. Se adentra en el asiento del conductor. El volante le choca en la barriga. Se agarra sus michelines y los maldice. Yo no he elegido este cuerpo. Golpea el volante repetidas veces con las dos manos. Luego, se las lleva a los pechos. Yo no he elegido esta vida.

Se sorbe los mocos y se limpia las lágrimas con la manga de la sudadera. Menos mal que no me he puesto rímel; ya se me habría corrido y tendría los ojos como los de un oso panda. Se acomoda el pelo detrás de las orejas. Arranca el motor y sale del atolladero.

Con las luces apagadas y el cartel de “ocupado”, conduce hasta otro claro del bosque desde donde se dibuja la orilla de un lago. El viento silba en la noche.

Alejandra enciende otro cigarro y fuma apoyada sobre el maletero. Después, lo abre de nuevo y, con gran dificultad, extrae las piernas de un cuerpo inerte. Qué gordita, pero qué guapa. Escucha la voz que aquel cadáver había exhalado apenas unas horas antes. Ya solo queda el tronco. ¡Mis ojos! ¡Put a loca, ¿qué has hecho?! ¡No puedo respirar! Es la parte más pesada. Lo carga en sus hombros anchos. Pues ahora te jodes y no llamo a la ambulancia. Ahora te jodes y te retuerces bajo la mirada de mis muslos gordos. Ahora te jodes y, si no, no haberme acariciado la pierna desde el asiento trasero. Se cae al suelo y queda sepultada por el cadáver. Nerviosa, se gira y se deshace del cuerpo espantada como quien se desprende de una manta cubierta de insectos. Esto es por ti y por todos los que me han hecho pasar miedo. Se levanta y lo arrastra de los pies, lo gira hasta que ella está de espaldas al lago. No hagas la carrera de madrugada. No salgas después de las doce sola. Solo hay borrachos y ladrones. Si te echan un piropo, sonríe, al fin y al cabo, ¿quién te echa a ti un piropo, gorda? Deberías sentirte halagada. El cadáver deja un surco sobre la tierra. Llega a la orilla. ¿Cómo tirarlo al lago? Se aleja. Camina haciendo eses hasta el coche. Viene y va. Vuelve. Está nerviosa, se lleva las manos a la boca, a la sien, su respiración se entrecorta. Si lo empujo no va a pasar de la orilla. Da unos pasos a la derecha. ¡Put a gorda, ¿qué me has echado en la cara?! Retrocede hacia la izquierda. Derecha. Izquierda. Se mete en el coche. ¡Esto escuece, no puedo respirar! ¡Voy a morir! Mira el cadáver a través del retrovisor lateral. De eso no se muere nadie. Si no me hubieras tocado, no te habría gaseado, gilipollas.

Una vez más, pone el motor en marcha. Se aleja pisando a fondo el acelerador. Llega hasta la puerta de su casa. Gor-

da, deberías sentirte halagada. Mira el porche desde fuera. Gorda, deja que te toque. Sabes que soy el único que está dispuesto a hacerlo esta noche. Para el motor. Rompe de nuevo a llorar. Esconde los puños debajo de las mangas de la sudadera y se aprieta fuertemente los ojos para ahogar el llanto. Lo consigue.

Contiene los nervios. Desciende del taxi. Camina firme hacia la parte trasera de la casa. Busca algo sin hacer ruido. Es una soga. También se agencia un cubo y una caja de herramientas. No sabe bien para qué sirve cada una porque esas cosas se las enseñaban a su hermano, pero alguna idea se le puede ocurrir por el camino.

Si no me hubieras tocado, yo no te habría gaseado ni te habría pateado los huevos hasta reventártelos. Con una marcha pausada pero constante, se dirige otra vez hacia el lugar del que acababa de escabullirse.

Los faros alumbran el cuerpo. No ha pasado nadie en todo este rato. Busca piedras hasta llenar el cubo. Mete otras tantas en los bolsillos del hombre.

Ata un extremo de la soga a la cintura del cadáver. El otro luce bien anudado en el asa del cubo. Se quita la sudadera, una camiseta, los vaqueros y las zapatillas. Bajo la luz de la luna, tiemblan sus muslos blancos; terminan en una braga faja de color carne. Los pechos grandes palpitan retenidos por un sostén con un estampado de mariposas. Y si me pillan así, ¿qué digo? Que llevo la ropa interior de mi abuela. Que mi cuerpo solo acepta la lycra, pues no entra en las prendas de encaje. Tira fuerte de la cuerda. Se inclina hacia delante. Ay de ti, si me hubieras ignorado, pobre inútil. Si no me hubieras tocado, no te habría pateado la cara hasta deformártela. Tira fuerte de la cuerda y arrastra el cadáver hacia la orilla, ella por delante. Primero mete los pies. Joder, qué fría está el agua. Después, las pantorrillas. Maldito, si no te hubieras


interpuesto hoy en mi camino, otra suerte te habría deparado el destino. El cuerpo se adentra en el lago. A ella ya le cubre hasta la cintura, pero el cadáver todavía está flotando. Algo no cuadra. Se sube sobre él con torpeza. Al final, te has salido con la tuya y has conseguido estar entre mis muslos desnudos, hijo de la gran puta. Hunde el cubo y lo arrastra hasta una parte más profunda. Tropieza con un socavón en el suelo. Alejandra ahoga un grito y observa las últimas burbujas de aire sobre la superficie oscura del agua.

La noche está más oscura. Puedo escuchar el silencio en los cantos de los grillos y los animalillos que se esconden entre la maleza. Ya está.

Se seca con la sudadera. Desprende un tufo a algas, a barro y a ceniza. Se quita la ropa interior y se pone la otra limpia.

Enciende un cigarro y sorbe varias caladas muy deprisa, una tras otra. Se calza los zapatos y se adentra en el vehículo. Prende la radio. Siempre escucha esa cadena donde solo ponen música de su adolescencia. Arranca el motor con las manos todavía húmedas. Enciende los faros, da la vuelta al cartel de “ocupado” y pone la luz verde.

Esta noche no me la va a joder nadie porque en mi taxi mando yo.



Segundo accésit de publicación

LOS TRES JUNTOS,
PARA SIEMPRE
Ainhoa Ollero Naval

AINHOA OLLERO NAVAL

Nací en Huesca en 1979 y tras pasar bastantes años en Barcelona, ahora resido en Monzón (Huesca), mi localidad natal. Soy madre de gatos, abrazadora de árboles y licenciada en Comunicación Audiovisual por la UAB. He trabajado en el sector audiovisual y también en gabinetes de prensa, organización de eventos y redacción de contenidos. Mi pasión es escribir y quiero convertirlo en mi profesión: soy escritora de relatos cortos y poetisa, y coordinadora de LA MADRIGUERA DE HISTORIAS, un punto de encuentro entre escritores y artistas gráficos. También colaboro habitualmente en diversos fanzines del ámbito aragonés como escritora y correctora y, junto con mi marido, que es ilustrador, llevo la tienda online PONCE & BANANA.

Mi último proyecto visible es el blog de fotopoesía COLORÍN DECOLORADO, presente en redes sociales y en forma de exposición itinerante. Os invito a visitarlo en www.colorindecolorado.wordpress.com.

Desde 2014, mis relatos y poemas han obtenido reconocimientos (finalistas y menciones de honor) en más de 20 concursos literarios de España, América Latina y EEUU, y he resultado ganadora en tres certámenes literarios y uno en el campo del diseño gráfico.

Un gemido me saca del duermevela en el que me veo sumida la mayoría del tiempo: tengo la sensación de no estar nunca ni despierta ni dormida del todo, y así los días se deslizan, casi iguales. Lo único que cambia es mi fisonomía.

Mi hijo, el de verdad, el que se quedará conmigo hasta que la vida le lleve por otros derroteros, o me lleve a mí, llora y me esfuerzo por llegar a su cuna, a pesar de que mi cuerpo no responde con mucha diligencia: soy una esfera con veinte kilos más de su peso habitual, alguien cuya inmensa barriga no le permite ni abrocharse los zapatos, unos zapatos que de todas formas no me caben, tengo los pies hinchadísimos, en esta recta final del embarazo he abandonado definitivamente toda pretensión de calzar otra cosa que no sean Crocks o, para ser más exactos, su versión barata del mercadillo.

Cojo a mi hijo, el de verdad, en brazos, le siento sobre mi pierna derecha y entonces el hijo de otros, huésped en mi barriga, invitado de lujo, pateo con fuerza. Ambos se rozan, se notan, y por un instante soy el canal de comunicación entre ellos: aunque no se parecerán, uno rico, el otro modesto, por no decir pobre, uno morenito, el otro posiblemente rubio si es que sale a sus padres biológicos, siempre habrá entre ambos un puente invisible: yo. El cuerpo, la sangre, la piel. El recipiente, el cálido primer hogar donde la vida consistía en alimentarse y flotar.

Luego, chicos, las cosas se complican: el mundo de los adultos te secuestra y la vida se llena de obligaciones, facturas por pagar, sueños rotos, proyectos que no siempre salen bien. A veces no hay segundas oportunidades: o aciertas a la primera o has de morder el polvo y avanzar apagando fuegos. A veces, de hecho, no hay oportunidades en absoluto. Simplemente obstáculos que sortear.

También hay alegrías, ¿eh? Pero no hay que tragarse jamás las tonterías que salen en las películas y en las series de la tele, esos paraísos artificiales, esas urbanizaciones con palmeritas de plástico donde siempre triunfa el bien y las cosas se solucionan solas, como por arte de birlibirloque, y todos son guapos y parecen eternamente sonrientes.

Desde jovencita, trabajé sin dejar nunca de estudiar. No hagas como yo, me decía mi madre, que se dedicó a parir hijos y entre parto y parto, coser para otros, planchar para otros, limpiar el polvo de otros mientras las hijas mayores cuidábamos de los hijos pequeños y limpiábamos el polvo que nos pertenecía. Parecía que habíamos nacido con una aguja enhebrada en la boca y el arte de cambiar pañales tatuado en el código genético. Mi padre, entre tanto, hacía ver que salía a buscarse la vida, aunque era de dominio público que lo que se buscaba eran problemas. Al final desapareció durante un par de años y, cuando ya creíamos que no se le volvería a ver el pelo, regresó enfermo “del hígado y el riñón” (cirrosis, vamos) para pasar sus últimos dos años entre las ásperas faldas de mi madre, que le aceptaron sin rechistar, como a un hijo pródigo. Supongo que eso era más fácil de procesar para ella, que tuvo ocho hijos a los que perdonó de todo. Las traiciones de los hijos se le debían hacer más llevaderas que las del marido, a cuya presencia agonizante, grisácea, se acostumbró como se acostumbraba a todo: sin soltar por sus finos labios otra cosa que no fueran instrucciones prácticas y algún que otro suspiro, cuando creía que nadie la escuchaba.

Yo no fui como mi madre, que en paz descansa. No me lancé de cabeza a la maternidad sino que estudié hasta cuando pude, empecé un negocio y hasta lo vi crecer, un poquito. Me enamoré, me casé, el negocio se fue a pique pero no me importó demasiado pues quedé embarazada de mi primer hijo. Ya buscarás algo, si quieres, cuando el nene haya crecido un poco,

me dijo mi marido, y yo asentí, aliviada por dejar de lado las preocupaciones, al menos durante unos meses. Con su sueldo nos las podíamos apañar, más yo que estaba acostumbrada a hacer maravillas con un presupuesto ajustado.

Al poco de esta conversación su coche chocó contra un árbol y el sueño se esfumó. Me quedé sola con mi barriga, con la hipoteca, con la pena de una cama medio vacía y un álbum de fotos de boda repletito de fantasmas. Estuve un mes llorando, otro reorganizando la casa y luego, impulsada por mi cuenta, cada vez más menguada, salí a buscar trabajo con mi cuerpo esférico, cada vez más pesado, y mi cara ojerosa, triste, pero nadie contrata a una embarazada de seis meses, aunque todo sean palmaditas en la espalda y buenos deseos. Tampoco es fácil que contraten a una mujer sola con un bebé, o si lo hacen es a regañadientes y se deshacen de ti a poco que hayas de irte antes o faltes un par de veces porque la criatura te reclama. Todos te entienden, te compadecen, pero nadie te ayuda.

Y así pasé del sueño a la pesadilla, de la ilusión de una familia al borde del precipicio, un peligroso lugar donde la pena y el peso de las responsabilidades podían hacerme caer al vacío en cualquier momento. Mi familia, numerosa pero dispersa y poco dada a expresar afectos, no fue esa tabla de salvación que yo, náufraga, tanto anhelaba. No quedaba ninguno de mis hermanos ni hermanas en nuestra ciudad de origen, y de todas formas, cada quien tenía sus propios fuegos que apagar, sus propios fantasmas que exorcizar, empezando por los de nuestros difuntos padres, a los que cada quien acusaba de distintos pecados.

Así me vi en la sala de partos, sola, con el alma más dolorida que el cuerpo, pero ya acostumbrada a apañármelas. Todo pasa, todo llega, era el lema del momento. Sobrevivamos al día de hoy.

Al poco de nacer mi nene, una vecina un poco metomentodo me habló de la Agencia, un sitio donde te pagaban por llevar dentro y parir al bebé de otros. Es todo muy limpio, muy amable, muy discreto, me aseguró entre susurros, intentando ser discreta ella también, pues un tema tan delicado así lo requería. Hay familias que, además de pagarte lo estipulado, te cubren de regalos y comodidades. Yo lo sé porque mi hija mayor lo ha hecho ya tres veces. Si quieres, le pregunto.

Quise, y ella le preguntó. En la Agencia me hicieron un examen médico que me dio luz verde para ser eso que suena tan feo, tan a nombre de culebrón: vientre de alquiler. También existe el término culto: gestación subrogada, que como eufemismo funciona a las mil maravillas, parece que estás hablando de otra cosa, de un proceso llevado a cabo a través de robots, por ejemplo. Así se consigue mantener lejos de la imaginación escenas dramáticas de madres siendo separadas de sus bebés.

Me lo pensé, pero la verdad es que me lo pensé poco. Pagaban muy bien. Con ese dinero podría estar tranquila con mi niño un buen tiempito y luego ir viendo qué hacía con mi vida, dejar que las heridas de mi pérdida sanasen. O repetir el proceso, si así lo quería. Incluso con la misma familia, si todo iba bien.

Así conocí a los Maxwell, muy guapos, muy rubios, muy correctos, ella con cierto aire de angustia, él preocupado por el sufrimiento de ella, que había tenido cuatro abortos: su hermoso cuerpo, esbelto y flexible pasados los cuarenta, se negaba a llevar los embarazos a término. La gestación subrogada era su única opción de tener un niño que llevara su sangre, me dijo ella, una lágrima rodando por la mejilla nacarada, sus delicadas manos de manicura impoluta y dedos largos de pianista sosteniendo implorantes la mía, pequeña, áspera y cua-

drada que, en cuanto recuperó la libertad, firmó el contrato que le pusieron delante.

El pequeño Maxwell, ese bebé que siento como mío pero que no lo es, ese al que no veré crecer, me pateo la tripa desde dentro, inquieto, mientras mi hijo de año y medio toca la piel tensa ahí donde percibe movimiento. Ha dejado de llorar y me mira con esos enormes ojos negros suyos, eternamente asombrados. Intento que mi lealtad y mi amor sean solo para él, pero el ser que crece dentro de mí también pide afecto y atención. Coloco mi mano encima de la manita de mi hijo y sentimos juntos una nueva patada del bebé.

Por un momento me gustaría estar así, los tres juntos, para siempre.

The background features a large, light-colored silhouette of a woman's head in profile, facing right. The silhouette is filled with a fine, repeating pattern. Surrounding the silhouette are white line-art illustrations of various leaves and flowers, including what appears to be a lily on the right side. The overall color palette is monochromatic, using shades of gray and white.

JURADO DEL
XIV Certamen
de Relatos Breves
Mujeres
2019

A stylized, light-colored profile of a woman's head facing left, set against a dark grey background. The background is decorated with white line-art patterns of leaves and flowers. The woman's hair is styled in an updo.

PRESIDENTA

Ana Delia Darías Sánchez

SECRETARIA

Ana Belén Crespo Rivera

VOCALES

Izaskun Legarza Negrín

Alba Sabina Pérez Pérez

José M. Oliver Frade

Sergio García Clemente

IZASKUN

LEGARZA NEGRÍN

(Santa Cruz de Tenerife, 1963)

Cursa los estudios de EGB en la Escuela Montessori de esta capital.

Se traslada a la Península en 1976 con su familia. Cursa BUP y COU, así como el grado medio de piano, en Málaga.

Posteriormente estudia Geografía e Historia en la Universidad de Granada, y el tercer ciclo de Geografía Humana en la misma Universidad.

En 1990 regresa a Tenerife y ejerce como docente en la Escuela Montessori hasta 2008.

En 2010 funda la Librería de Mujeres, que sigue dirigiendo en la actualidad.

Desde 2016 forma parte del equipo promotor que elige las lecturas para el Premio Azagal.

En 2017 formó parte del grupo de seleccionadora para el libro de relatos contra la vivencia machista: Perdonen que no me calle.

En 2016 fue jurado en el Premio Tenerife Noir.

Desde 2011 es miembro activo del equipo nacional de Los Libreros Recomiendan.

ALBA

SABINA PÉREZ PÉREZ

(Tenerife, 1984)

Es comunicadora, escritora y traductora, licenciada en Comunicación Audiovisual por la Universidad Complutense de Madrid. Ha publicado los libros *Porta, algo que contar*, (MR Ediciones, 2009), el libro de relatos *¿Quién cuidará de mis guardianes?*, (Ediciones Idea, 2013), la novela *Silence* (Neys Books Ediciones, 2014) y los libros de poesía *Ya nadie lee a Pentti Saaritsa* (Ediciones La Palma, 2015), *Personne* (Ediciones La Palma, 2019), *El Año Rojo* (Fundación Mapfre Guanarteme, 2019) y *Zonas de Incertidumbre* (Editorial Pre-textos, 2020). Poemas suyos aparecen en los libros *Los poetas hipocondriacos*, (Ediciones Liliputienses, 2018), *Diva de mierda*, (Ediciones Liliputienses, 2019) y *El pescador de letras* (Fundación Mapfre Guanarteme, 2019). Es editora, junto con la Dra. Yasmina Romero Morales, del libro de investigación literaria *20 escritoras canarias del siglo XX*, (Ediciones La Palma, 2019). Ha traducido a Scott Fitzgerald, Katherine Mansfield, H.G. Wells, Washington Irving y Wilkie Collins y numerosas películas, series y documentales internacionales. Ha sido jurado del XIII Certamen de Relatos Breves de Mujeres del Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife y ha participado como autora en el I Festival Internacional de Escritores Hispanoamericanos de La Palma en 2018 organizado por la Cátedra Vargas Llosa. En septiembre de 2018 fue galardonada con el Premio de poesía Pedro García Cabrera que convoca anualmente la Fundación Cajacanarias con su poemario *Zonas de incertidumbre*. Sus textos han sido también publicados en las revistas Vallejo&Co, Marcapiel, Poemad, Ínsula y Círculo de poesía.

JOSÉ M. OLIVER FRADE

Doctor en Filología, con Premio Extraordinario, y Profesor Titular de Filología Francesa en la Universidad de La Laguna, donde viene enseñando asignaturas relacionadas con la lengua, la cultura, la traducción y la literatura francesas desde hace varias décadas. Es autor de más de 80 artículos y de varios libros sobre temas relacionados con la lengua y la literatura francesas, la literatura de viajes, las relaciones interculturales franco-canarias, etc. Así, ha dedicado algunos trabajos y ha traducido a escritores modernos y contemporáneos, tales como Jules Verne, Max Elskamp, Jean Cocteau, Valentine Penrose, Jean Camp, Daniel Maximin, Ernest Pépin, Emmanuel Hocquard, Michel Cosem, Michel Houellebecq, Abdellatif Laâbi, Jean Grosjean o Yves Namur. Ha participado en numerosos congresos nacionales e internacionales, tanto en calidad de ponente como de organizador o miembro de comités científicos. Igualmente, ha sido conferenciante invitado en centros de investigación de Argentina, Austria, Bélgica, Francia y México. En los últimos años ha dirigido cuatro proyectos de investigación sobre relaciones interculturales franco-canarias (literatura de viajes, traducción, historia de las expediciones marítimas...) que han sido financiados por el gobierno español dentro de diversos planes nacionales de I+D. Asimismo, coordina el grupo consolidado de investigación “Fran-Can”, dedicado a estos temas. También es de destacar su labor como editor de varios libros de su especialidad, como director de una colección sobre literatura de viajes y, sobre todo, como creador y director de *Çédille, revista de estudios franceses*, publicación que hoy en día cuenta con el reconocimiento de los más importantes índices de calidad nacionales e internacionales.

Además, ha formado parte del jurado en distintas ediciones de los *Premios de Creación literaria y Traducción* de la Universidad de La Laguna. Por último, cabe señalar que a lo largo de su carrera ha desempeñado diversos cargos académicos en la Universidad de La Laguna (vicerrector, decano, director de departamento, etc.) y en la Asociación de Francesistas de la Universidad Española (secretario-tesorero y vicepresidente), que en 2016 lo nombró Socio de Honor en reconocimiento a su labor en pro de los estudios franceses en España. En la actualidad dirige la Cátedra Cultural Alexander von Humboldt. En enero de 2020 fue designado secretario de la Alianza Francesa de Santa Cruz de Tenerife.

SERGIO GARCÍA CLEMENTE

(Santa Cruz de Tenerife, 1974).

Licenciado en Derecho por la Universidad de La Laguna. En el año 2013 obtuvo el I Premio Internacional José Bergamín de Aforismos por la obra *Dar que pensar* (Cuadernos del Vigía, 2014), sello editorial que también acogió, en el año 2017, su segundo libro de aforismos, *Mirar de reajo*. Ese mismo año la Fundación Mapfre Guanarteme, en su colección Canarias en Letras, publicó **Ángulo muerto**, un conjunto de aforismos creados con ocasión de la celebración del Día de las Letras Canarias. En el año 2019 la editorial Libros Al Albur publicó *Salvar la vida*, una compilación de sus aforismos preferidos de todos los tiempos. También ha sido incluido en algunas antologías del género aforístico como *Aforismos contantes y sonantes* (Asociación Cultural Letras Cascabeleras, 2016), *Verdad y media. Antología de aforismos españoles del siglo XXI (2001-2016)* (Ediciones de la Isla de Siltolá) y *Concisos. Aforistas españoles contemporáneos* (Cuadernos del Laberinto, 2017). Asimismo, ha publicado poemas, aforismos y artículos en diversas revistas digitales como *El Rincón del Haiku*, *Revista Almiar*, *La nave de los locos*, *Documenta minima*, *Nayagua*, *Oculto Lit* y *El Aforista*.



Santa Cruz de Tenerife
AYUNTAMIENTO